

en África, de quien debían esperar la curación de una enfermedad tan dolorosa, como era singular su principio. Hacia algunos años que experimentaban en todos sus miembros una espantosa convulsión, que no habían podido moderar ni los remedios más costosos, ni los más largos viages (1). Hicieron en todas partes patente su miseria, mas en ninguna encontraron alivio: llegaron por fin á Hipona poco antes de la Pascua, y principiaron á frecuentar la Iglesia, donde el año antecedente habían sido conducidas las reliquias tan famosas del mártir San Estévan. Allí concurrían todos los dias llamando la atención de una infinidad de gentes, que miraban con lástima su lamentable situacion.

La mañana de Pascua, en medio de un concurso mucho más numeroso que los demás dias, después de haber orado Pablo delante de las reliquias, se volcó súbitamente en el suelo, y quedó como dormido; mas estaba tranquilo y sin temblar, aunque su convulsión nunca le abandonaba, ni aun durante el sueño. Ignoraban los circunstantes si debían temer ó recelar de esta especie de letargo, cuando de repente se levantó sin la menor agitacion y perfectamente sano. Condujéronle al sitio en donde estaba sentado el venerable Prelado, esperando la hora de celebrar los santos misterios. Pablo se arrojó á los pies del Santo que le levantó y le estrechó entre sus brazos, resonando toda la Iglesia con gritos repetidos de alegría y con alabanzas al Señor. Luego que

(1) *August. de civit. Dei lib. 22. cap. 9.*

reinó el silencio principió el oficio divino; hasta que venido el tiempo del sermón utilizó el elocuente Obispo aquellas circunstancias, y habló de esta manera: „Muchas veces nos han leído la relacion de los milagros del glorioso mártir San Estévan; pero la vista de este jóven es la mejor de todas las leyendas. No es necesario más libro que su semblante, que conocéis perfectamente desde que os arrancaba lágrimas su afliccion, y ahora su súbita salud nos llena de regocijo. No quiero interrumpir las reflexiones y dulces afectos que produce en vuestras almas la elocuencia muda del Todopoderoso, que se explica suficientemente por este prodigio; lo que debéis disimularme con tanta más facilidad, cuanto conocéis mi avanzada edad y mis debilidades.”

San Agustin tenía entonces efectivamente setenta años, y la víspera no había comido en todo el dia, conforme al uso observado en el sábado santo; aunque el bautismo solemne que se confería y otras muchas ceremonias hacían el oficio extraordinariamente pesado. Finalizado este, llevó á Pablo á comer consigo, y le obligó á referir su historia. „Nací, dijo Pablo, de una familia numerosa pero desgraciada, por no haber hecho bastante aprecio del precepto al que estaba anexa en la antigua ley la felicidad de la vida. De diez hermanos que éramos, siete varones y tres hembras, yo soy el sexto, y mi hermana Paladia la séptima. Viviendo aun en casa de nuestros padres, ofendió nuestro hermano mayor sacrilegamente á mi madre, llegando su impiedad hasta ponerla las

manos, y lo peor es que aunque todos estábamos presentes, nadie desplegó sus labios ni desaprobó una acción tan indigna. Pero mi madre, llena de dolor y de indignación, corrió como desesperada al templo del Señor, donde postrada ante la pila bautismal, sobre la que tenía estendida la mano, exclamó, sueltos los cabellos y el seno descubierto: Dios terrible, Dios vengador de la naturaleza ultrajada, herid por vuestra misma mano á los hijos desnaturalizados que ha concebido este seño; y haced de modo que andando errantes por el mundo, esperimenten un castigo que infunda en todas partes el espanto y el horror."

Al punto acometió á mi hermano mayor un temblor semejante al mio, y en el discurso de un año todos mis hermanos y hermanas adolecieron del mismo mal, conforme al orden de su nacimiento, sin que tan solo uno se librase de la maldición demasiado eficaz de una madre furiosa, que no pudiendo soportar las reprensiones de todos y mucho menos las de su conciencia, convirtió su venganza contra sí misma y se ahorcó por sus propias manos. Nosotros, raza maldita y cargada de la execración pública, abandonamos todos nuestra patria, y nos dispersamos por todas partes para ocultar, si fuese posible, nuestro crimen y nuestro oprobio. El segundo de nuestros hermanos recobró su salud en Ravena, por las reliquias del mártir San Lorenzo. Yo después de haber andado errante largo tiempo por mil distintos lugares, ví en sueños un hombre digno de veneración

por su aspecto grave y lleno de dulzura, por su presencia magestuosa y por sus canas, en una palabra, semejante en un todo á vos, ó Pontífice del Señor: y este hombre me dijo, que dentro de tres meses recobraría la salud. Vos aparecisteis también á mi hermana, y estas apariciones fueron repetidas muchas veces en los diversos lugares de nuestro tránsito. Llegamos por fin llenos de la dulce confianza, cuyo fruto acabo yo de experimentar con tanta felicidad."

El santo Obispo ordenó escribir en forma auténtica esta relación y toda la serie del milagro, esperando leerla al pueblo dos días después; y así el martes de Pascua, para dar más interés á la ceremonia, mandó subir á las gradas del púlpito á Pablo perfectamente sano, y á su hermana Paladia siempre agitada de su temblor. Estaba el Obispo en el púlpito y hacía leer la historia de la curación de Pablo. Concluida la lectura, los dos hermanos fueron á orar cerca de las reliquias; y el Obispo predicó primero sobre el respeto de los hijos á los padres, y sobre la moderación de estos con aquellos; estendiéndose después sobre los milagros de San Estévan. Oyéronse en este instante grandes aclamaciones en el lugar donde reposaban las reliquias: *gracias á Dios, bendito sea Jesucristo*: y los gritos eran tan fuertes, que el santo orador no podía hacerse escuchar. Paladia daba estas voces, la que acababa de recibir la salud del mismo modo que su hermano; y al punto fue conducida á donde estaba San Agustín. Refiere el Santo este milagro como testigo de vista, y cita además una

multitud pasmosa de otros prodigios acaecidos en Hipona durante el curso de dos años.

9. Declinaban entretanto sus fuerzas con la edad, y aunque su celo siempre era el mismo, no podia ya atender á todo. Habia formado por otra parte un designio que requeria mucho tiempo y libertad de espíritu, y por consiguiente menos ocupaciones y cuidados que las que le daba el ministerio pastoral, del modo que él le entendia y practicaba. Muchos años habia que meditaba corregir y censurar por sí mismo sus escritos, y mostrar de este modo al universo que no esceptuaba en la censura su propia persona, como se esplica en una carta al Tribuno Marcelino. Mas considerando que no podria egecutar un proyecto tan útil, mientras sostuviese todo el peso del Episcopado, ansiaba tener un coadjutor. Acababa de ver un ejemplo semejante en la Iglesia de Milevi, á donde fue llamado al tiempo de morir el Obispo Severo, de piadosa memoria, el que para precaver las intrigas y turbulencias habia señalado su sucesor antes de morir. No procuró Severo que su elección fuese grata al pueblo cuya aprobacion juzgaba inútil despues de la del clero, y esto dió causa á las dificultades que San Agustin consiguió allanar, y de que quiso preservar la coadjutoria de Hipona.

Habiendo, pues, reunido á su pueblo y á su clero, les dijo: „todos, hermanos míos, somos mortales; pero si en la juventud podemos morir en breve, en la vejez no podemos vivir mucho. Aquella esperanza, aunque tan incierta, que nos lisongea en las de-

más edades de la vida, nos falta en la edad en que yo me hallo. ¡Que diferente soy de lo que era cuando llegué á esta ciudad tan amada de mí, y cuyo amor me obliga á impedir las tramas y divisiones tan frecuentes en la muerte de los Obispos! A fin, pues, de que nadie tenga el menor motivo de queja, declaro en presencia de todos vosotros mi voluntad, que es conforme, según creo, á la de Dios; y os ruego que recibais por mi sucesor á Heráclio (1).” Aplaudióle toda la asamblea exclamando: *Dios sea glorificado: viva Agustin: aprobamos la elección de nuestro Pastor y padre.*

Luego que guardaron silencio, continuó Agustin diciendo: „no me estenderé encomiando á Heráclio; yo aprecio su mérito y no quiero ofender su modestia. Basta que le respeteis y que estemos unánimes: los notarios de la Iglesia, como veis, dan fe de mi propuesta y de vuestra aprobacion, porque quiero dar á este asunto toda la estabilidad que pueda tener ante los hombres. ¡Quiera el Todopoderoso confirmar la obra que nos ha hecho principiar!” Renováronse las aclamaciones mas vivamente que la vez primera, dando todos pruebas irrefragables de una aprobacion perfecta. El santo Obispo, no obstante, dijo despues de todo esto, que no queria que Heráclio fuese coadjutor de Agustin del modo que Agustin lo habia sido de Valerio.

„Los ancianos, prosiguió, saben que se me confirmó el carácter episcopal existiendo aun el Obispo

(1) *August. Epist. 215.*, alias 10.

Valerio ; y que á un tiempo fuimos los dos Obispos de una misma Sede : lo que ni él ni yo sabíamos que estaba prohibido por el Concilio de Nicéa. No quiero pues que se reprenda en mi hijo lo que fue reprehensible en mí : tendrá por ahora el carácter sacerdotal hasta que Dios tenga á bien sacarme de este mundo , y hacer que se le ordene Obispo ; pero sabéis el poco tiempo que me queda por los cuidados que me han impuesto dos Concilios. Permitid que me descargue del peso de mis ocupaciones ordinarias en el Sacerdote Heráclio , que está en la lozanía de su edad. Acudid á él en lugar de acudir á mí , y cuando tenga necesidad de mis consejos yo se los daré. Explicáos en especial sobre este artículo , y si convenís en él , mostradlo á lo menos por aclamacion.” Entonces exclamaron : *admitimos lo que vuestra sabiduría y bondad paternal nos propone* , y le colmaron de bendiciones ; y para atraer tambien las del cielo , se concluyó este acto con el santo sacrificio. A pesar de estas prudentes disposiciones , no pudo el santo Doctor ocuparse sin interrupcion en revisar sus obras ; y sus retractaciones tardaron dos años á publicarse.

10. Veíase obligado este oráculo del mundo cristiano á responder de continuo á toda especie de consultas. Dos monges Africanos del monasterio de Adrumeto , habiendo ido á Úzula , encontraron allí su carta á Sisto , y sacaron una copia que llevaron á su monasterio (1). Al leerla sus hermanos la primera vez,

(1) *August. Epist. 214. alias 46.*

concibieron mal cinco ó seis de ellos el sentido del autor , y dijeron que destruía el libre albedrío. Sin efecto intentaron otros ponerles de manifesto el verdadero sentido de las palabras de Agustin : se acaloraron los ánimos y se introdujo la discordia en la comunidad. Dos de los más fogosos resolvieron ir á visitar al santo Doctor , para que él mismo les explicase su escrito ; y el Abad se vió obligado á consentir en ello para evitar mayor escándalo. En efecto , vinieron y hablaron al Santo con fervor , pero no viendo este en su entusiasmo y error sino un excesivo temor del error mismo , se compadeció de su simplicidad y falta de ingenio : tratólos con mucha dulzura y bondad , retenéndolos mucho tiempo consigo , y les explicó á fondo la doctrina católica sobre la libertad del hombre y la gracia interior de Jesucristo. Tambien les entregó una carta sobre dos mismos objetos para su Abad Valentinó y todo su monasterio , con el objeto de sofocar en su principio las mas ligeras semillas del error. No se les ocultaban los artificios del padre de la mentira y la inclinacion pérfida de sus emisarios á insinuarse en las comunidades mas fervorosas.

11. Su celo no se contentó con esto : compuso expresamente un nuevo escrito titulado : *de la Gracia y del Albedrío* : dirigiéndole á Valentinó y á sus monges. Siendo el fin de esta obra disipar las preocupaciones de los que no podian concordar la gracia con la libertad , juntó las mejores pruebas de estos dos puntos de fe. Se sirve antes todo de la autoridad de

las sagradas Escrituras para establecer el libre albedrío, que define: „un poder verdadero, esento no solo de coacción, sino tambien de necesidad, capaz de determinarse por una elección que le es propia;” y no una facultad pasiva, propia tan solo para ser arrastrada por el peso de una fuerza estraña. Aquí no tratamos sino del estado presente de la naturaleza, como es visible por todo lo que supone el autor; y en especial por la ignorancia y concupiscencia, que convienen únicamente á la naturaleza corrompida. „Las pruebas del libre albedrío, prosigue el santo Doctor, son tan fuertes, ó por decirlo de una vez, que al considerarlas se llega á temer que el hombre ponga en sí mismo su confianza, como hacen los Pelagianos. Por lo que es indispensable reunir á esta consideración la de una gracia pura y desinteresada, sin la cual nada bueno podemos hacer para la salvación, y es como la raíz ó principio de todo nuestro mérito.” Al este propósito cita el testo en que San Pablo dice, que no era él el que hacia lo bueno, sino la gracia de Dios con él; y cita sus palabras segun las leemos hoy en la Vulgata: *la gracia de Dios conmigo, y no, la gracia que está en mí*, conforme á una lección adulterada que casi no se apoya en tegemplar alguno, y que habia quedado en la obscuridad que merece hasta el tiempo de los errores posteriores. Prueba despues el Santo con la autoridad del mismo Apóstol, que la salvación es efecto en un todo de esta gracia; los buenos pensamientos; los piadosos afec-

tos, la fuerza para combatir, y las victorias que se alcanzan, la perseverancia y la fe misma que no se puede merecer por las obras. Despues añade: „la gloria celestial es en sí misma una gracia; porque es la recompensa de las obras producidas por la virtud de la gracia.” El santo Doctor comprende en este sentido lo que dice el Evangelio, que se concede gracia por gracia. Explica cómo da Dios lo que manda, es decir, concediendo su auxilio á aquel á quien manda la acción, y obra en nosotros, dice, para que queramos; pero cuando queremos y gustamos de modo que obremos, entonces contribuye con nosotros. El mal no lo obra en nuestros corazones inclinándonos al pecado, esto es imposible, sino solo permitiéndonos pecar; de modo que no endurece al hombre, tan solo consiente que se le seduzca ó que se endurezca.

Atribuyendo los Pelagianos el nombre de gracia á la ley, la ensalzaban en extremo, y la representaban como un auxilio suficiente para practicar las virtudes. San Agustin reduciéndola á su justo valor, dice no solo que la ley no es la gracia, sino que la ley sin la gracia es la letra que mata. El que infriese de aquí, que el santo Doctor tenia por mala la ley antigua, lo deduciria por mala lógica. En este punto discurre acerca de la enseñanza de la ley nueva, como acerca de la antigua, que era necesaria para proceder conforme y destruir los sofismas de los hereges; por lo cual aplica á las dos leyes el testo de *la letra mata*, sin distincion alguna. Lo que añade tambien so-

bre la caridad y el temor, no necesita mas que traducirse con fidelidad para desvanecer las arriesgadas interpretaciones. No trata en este lugar de sola la caridad propiamente tal, sino que entiende bajo este nombre toda especie de buena voluntad que Dios para nuestra salud eterna nos dicta, todo afecto del corazón á los verdaderos bienes, y aun hasta el temor de los castigos eternos que nos aparta del crimen. Temor muy diverso, segun el santo Doctor, del temor del mundo, al cual atribuye la caída de Pedro; sino que mas bien es un don de la gracia para combatir los atractivos de la seduccion y los asaltos de la concupiscencia.

12. San Agustin remitió su libro con otra carta al Abad de Adrumeto; y mostróle Valentino su reconocimiento por medio del mismo religioso que antes habia llevado la carta dirigida á Sisto. Quedó contento el Santo del restablecimiento de la paz en el monasterio; pero al mismo tiempo llegó á su noticia que algunos deducian de sus buenos principios malas consecuencias, opuestas de todo punto á las primeras. Decian: „si la gracia es necesaria para observar los mandamientos, nuestros superiores deben contentarse con instruirnos y orar por nosotros, sin corregirnos cuando en nuestras obligaciones hacemos alguna falta.”

El Santo contestó á estas nuevas dificultades en una obra titulada: *De la correccion y de la gracia*, dirigida de nuevo al Abad y monges de Adrumeto (1).

(1) *August. lib. 2. Retrat. cap. ult.*

Sin hacer mencion espresa de nadie, no puede menos de conmoverse á vista de algunos pedantes, poco satisfechos de las corteses atenciones y de las razones que hubieran podido ganar á los sabios de primera nota. En toda la obra no se le escapa personalidad ni espresion alguna que sea dura y mortificante; pero convence con razones fuertes, y usa de términos que manifiestan toda la energía de sus pensamientos. Remite en el fin de esta última obra á sus lectores al tratado de la gracia y del libre albedrío, que debe mirarse como la clave ó introduccion de ella en varios artículos.

Basta por sí sola la justicia de la correccion, que sostiene aquí el defensor de la sana doctrina, para fundar la suficiencia de las gracias concedidas para la huida del mal y la práctica de la virtud. No se corrige, dice, solamente á los predestinados; pues es cierto que á nadie se corrige en los casos en que recibió gracias seguidas de su efecto; luego se puede evitar el pecado sin este género de gracias. Añade, que la gracia que nos produce el bien, de suerte que seamos dignos de correccion si no le hacemos, no nos lo hace necesario por esto. Es una de las principales utilidades que San Agustin encuentra en la correccion, hacer recurrir á la oracion, por la que obtengamos la gracia de la voluntad; de donde concluye, que los superiores tienen siempre derecho de reprender á los que faltan á sus deberes, ó que habiendo cumplido con ellos no perseveran, puesto caso que el no perseverar es por falta de su volun-

tad. *Hubieran perseverado, si hubieran querido* (\*), añade terminantemente el Santo Doctor, manifestando así que el pecador tiene un verdadero poder para querer ó desechar. No se explica en otro sentido hablando del principio de la caída de los ángeles y de nuestro primer Padre en el estado de la inocencia; y el Doctor de la gracia reconoce en aquel estado y en el presente una misma especie de poder en cuanto al fondo y esencia; aunque nuestra debilidad necesite de auxilios mas poderosos. Advierte con este motivo un autor justamente célebre por su exactitud, que la distincion entre la gracia de la naturaleza inocente y de la naturaleza corrompida, movió controversias grandes entre los teólogos (\*\*); pero lejos de querer con esto igualar á los doctores de las escuelas católicas con los defensores de las novedades proscritas, aniquila en el mismo lugar todos los principios de los últimos errores.

Dice tambien San Agustin que *Dios nos hace perseverar invenciblemente, ó de una manera insuperable*.

(\*) *Si hubieran querido*; porque á no resistir el hombre á la gracia, Dios no le niega la necesaria para perseverar. Estas palabras del gran Doctor demuestran la necesidad de la cooperación por parte del hombre, y la bondad del Señor que jamás subtrae su auxilio al que se aprovecha de sus gracias.

(\*\*) Deben efectivamente distinguirse; porque la gracia en la naturaleza inocente nada tenía que reparar, solo fortalecer al hombre para las obras: mas en la naturaleza degradada por el pecado, debe primero libertar de la corrupcion, para despues hacer obrar el bien. En una palabra, la gracia en la inocencia era una fuerza para obrar; despues del pecado es medicina y fuerza. Véase á Santo Tomás. = Editor.

ble: espresion que tomada á la letra destruiria la actividad del alma y el libre albedrío; pero él mismo se explica en mil diversos pasages, y solo trata aquí de una gracia que obra infaliblemente nuestra perseverancia, y que por nuestra fidelidad en corresponder á ella nos hace superiores á todos los asaltos de los enemigos de nuestra salvacion. „Úsese, dice, de la gracia del modo que se quiera, la voluntad de Dios nunca es vencida; porque si los pecadores no obran como Dios quiere, él dispone de su suerte como le place, glorificando su justicia sobre aquellos que han rehusado glorificar su misericordia.”

13. Despues de estos escritos, necesarios en aquellas circunstancias, continuó San Agustin con nuevo teson el de las retractaciones, que dió á luz dividido en dos libros. Comprende el primero la revision de las obras compuestas desde su conversion hasta su episcopado; y el segundo se estiende á todo lo que escribió desde entonces hasta el tiempo en que hizo esta revision. Así siguió el orden de los tiempos, principiando por sus tres libros contra los académicos, y finalizando por el de la correccion y la gracia. Cuenta noventa y tres obras diferentes, divididas en doscientos treinta y dos libros, en los cuales advierte hasta las espresiones que le parecían reprehensibles, y tambien defiende las que le habian criticado con poca justicia. Le restaba aun corregir sus epístolas y sermones, y comenzó por aquellas; pero no tuvo tiempo para acabar.

14. Consultábanle de todas partes; dos legos muy